

***Blanco nocturno,* negro y policial**

Ronaldo Menéndez

Cada vez que veo la información de un concurso o un evento literario cuyo perfil temático involucra crímenes, detectives, armas, falsificaciones y corruptelas, el encabezado establece que se trata de un evento Negro y policial. Pocos textos teóricos he leído capaces de deslindar una confusión que crece y se perpetúa como un crimen no resuelto: en literatura, una cosa es el texto policial, y otra muy distinta la llamada *serie negra*. Un magnífico texto que se niega a archivar el caso, fue publicado por Ricardo Piglia en el año 1979 como introducción a un libro de cuentos, bajo el título *Lo negro del policiaco*. Hace menos de un mes apareció en las librerías de España la novela 'Blanco nocturno', también de Piglia, publicada con el sello de Anagrama. Estamos ante una buena oportunidad para establecer algunas líneas de reflexión que, una vez más, intenten una aproximación a los conceptos de negro y policial, verificando qué hay de uno u otro en la novela del escritor argentino.

Ricardo Piglia es hoy por hoy un clásico contemporáneo de la literatura hispanoamericana, pero sabemos que un denominador de tal envergadura no implica que sea un viejo conocido del gran público lector de este lado del océano. En mis clases de creación literaria, cuando menciono a Piglia, los alumnos suelen enarcar las cejas (a excepción del algún argentino que se muestra orgullosamente argentino) y toman nota de la mención que hago de algunos de sus libros: *Plata quemada*, *Respiración artificial*, pero sobre todo van en busca del mejor texto que he leído en toda mi vida –y así se los hago saber– sobre la técnica del cuento, y que es

Ricardo Piglia: *Blanco nocturno*. Anagrama, Barcelona, 2010.

hoy un texto imprescindible para quienes pretendemos vivir de la teoría del cuento: Tesis sobre el cuento. Siempre digo lo mismo desde mi sesgado ángulo de lector: me gustan más los cuentos de Piglia que sus novelas; y además, Piglia es uno de esos autores a los que le debemos inteligentísimos textos teóricos. Su capacidad de análisis es extraordinaria y precisa en torno a ciertas técnicas literarias: cuento, novela, novela corta, negro y policiaco. Pocos autores consiguen, como Piglia, escribir textos teóricos complejos, claros y que sirvan para una aplicación práctica de los artilugios del oficio narrativo.

Me ha resultado inevitable leer la última novela del escritor argentino sin aplicarle, a rajatabla, aquellas categorías que él mismo establece como ventajas y reglas del juego para lo negro y lo policial. Digámoslo de una vez: *Blanco nocturno* es novela negra de punta a cabo. Hace poco un amigo, decepcionado lector de dicha obra, desgranaba sus razones y pude ir verificando que no le había gustado porque la leyó en clave policial. ¿Qué es leer una novela en clave policial? Buscar, ante todo y con respecto al crimen, el 'quién lo ha cometido', e incluso el 'cómo', que suele ir ligado a la sorpresa del hallazgo del asesino.

Todo texto policial, desde los tiempos de Poe y Chesterton, establece un juego de ajedrez donde el lector tiende a medirse con la figura del detective, intentando despejar las incógnitas del quién y el cómo. Queremos ganarle la partida al detective, y un buen texto policial es aquel donde el detective gana sin jugar sucio, esto es, teniendo acceso a las mismas claves que tiene el lector para desentrañar el enigma. Una vez leí que éramos lectores formados por Edgar Allan Poe (que con su libro *Los crímenes en la calle Morgue* inaugura la prehistoria del género policiaco). Es decir: somos lectores de la suspicacia, tendemos a sospechar de que detrás de cada elemento visible o evidente se esconde alguna clave que nos servirá para comprender algo que se mueve por debajo del texto como un río subterráneo. Para los lectores herederos de Poe, un mayordomo no es un simple mayordomo, es, como lo es el ama de llaves y hasta el propio detective, sospechoso de haber estrangulado a la anciana para falsificar el testamento.

Después de casi doscientos años de mayordomos estranguladores, perros que no ladraron la noche en que ocurrió el crimen

porque *conocían al asesino*, o colillas de cigarros que fumó el criminal y que solo se vendían en un quiosco de las afueras donde no iba nadie más que el asesino, el género policiaco tiende a estandarizarse. El lector formado por Poe sabe más que el detective Auguste Dupin, y lo policiaco muta, se diversifica, incursiona en híbridos con la novela histórica, el relato psicológico, la ciencia ficción y una larga etcétera que no es necesario desplegar aquí. (Baste asistir a uno de esos encuentros de Literatura negra y policial). Si uno lee *Blanco nocturno*, de Ricardo Piglia, buscando los rudimentos de este pulcro juego de lógicas que se despliega en los géneros policíacos tradicionales, sencillamente estará llevando a cabo eso que Umberto Eco llamó decodificación aberrante.

La novela de Piglia parte de un crimen que ha ocurrido en medio de la nada, es decir, en un pueblo de la pampa con sus dimes y diretes, sus mitos, sus secretos de esquina y sus turbios intereses económicos. Los personajes comienzan a tejer su historia y a proyectarse hacia el pasado (para que el lector los conozca) a partir de la figura de un puertorriqueño asesinado, con rasgos de dandi y cierta decadente simpatía. Queremos saber, en seguida, todo lo posible en torno a dicho personaje, y ese es el gancho. Una vez muerto, el lector continúa leyendo la novela como se lee una obra policiaca clásica: ¿Quién mató al puertorriqueño? Pero uno de los giros magistrales de esta novela es su rápida mutación de novela policíaca a artefacto de la llamada serie negra. Y es en este giro donde mi amigo el lector decepcionado comenzó a perderse. La razón fue esta: siguió preguntándose, a lo largo de toda la novela, por el 'quién' ha cometido el crimen; cuando debió empezarse a preguntarse, en cierto momento, sobre el porqué del asesinato.

La serie negra se constituye hacia el año 1926 vinculada a la revista *Black Mask*, *pulp magazine*, en torno a la figura del editor Joseph T. Shaw, apodado El capitán. Horace McCoy, Dashiell Hammet, Raymond Chandler, por solo mencionar algunos, publicaron en esta revista sus primeras obras. ¿De qué se trató entonces y de qué se trata ahora? Si lo policiaco es ante todo un género de la pulcritud lógica, la serie negra es sucia. No hay juego de ajedrez, porque solemos avanzar a través de las distintas peripecias de la historia sabiendo, a priori, quién es el criminal. E

incluso aún si se nos escamotea quién es el asesino, como es el caso de la novela de Piglia (hasta un punto en que lo sabemos tranquilamente), el lector debería comprender que esta incógnita no es el núcleo de la trama. Ocurre un desplazamiento evidente: el quién (pulcro juego de ajedrez), es sustituido por el 'por qué' del asesinato. Y las causas del asesinato nos proyectan hacia una red social que actúa como soporte del crimen. Leemos una novela negra no para enterarnos quién es el asesino, sino para conocer una realidad sucia, corrupta, lamentable y atroz, que se esconde detrás de cada crimen. Podría decirse que en toda novela negra el criminal es siempre 'la sociedad', o cierto aspecto torcido de determinada sociedad.

La novela de Ricardo Piglia juega arriesgadamente con este desplazamiento. Por eso no me extraña que mi amigo lector quedara fuera del juego. Empieza metiéndonos en la trama a través de una incógnita policiaca clásica, con su extravagante comisario *ad usum*, los ingredientes que apuntan a un crimen pasional, el laberinto de las deducciones lógicas. Pero de pronto el crimen gana envergadura de acontecimiento (casi) nacional, el comisario va pasando a un segundo plano, y aparece la figura del periodista investigador. No quiero dar un paso más en cuanto a la trama, para no develarle al lector sus misterios. Pero por su bien, para que no le ocurra lo que a mi amigo el decepcionado, quiero situarlo enfatizando este punto: la figura del comisario detective es sustituida por la del periodista de la capital que llega al pueblo. A partir de esta permutación de roles, *Blanco nocturno*, para que podamos aprovecharla en todo su virtuosismo, debe ser leída en clave de novela negra. Lo que sigue es un magnífico juego de voces y escenarios, de razones y sinrazones, para entender qué tipo de trapicheos e intereses constituyen el soporte del crimen.

Si alguna tradición hereda la novela negra no es, estrictamente hablando, la de Poe, Chesterton o Conan Doyle, sino una línea de la tradición norteamericana que entronca con el costumbrismo social a lo Sherwood Anderson. Por eso en la novela de Piglia hay pampa, gauchos, hábitos y costumbres, entresijos políticos y económicos. Pero no se queda ahí, hay más, mucho más: un delicado equilibrio entre los conflictos psicológicos y sus proyecciones externas. Una construcción firme de cada personaje secundario.

Una arquitectura argumental donde cada línea se equilibra y no podemos soltar el libro hasta que el final se nos mete dentro. Y aun así, seguimos resolviendo el crimen, imaginando qué ha pasado. Como en la vida misma ©